

Marianela

Benito Pérez Galdós



Índice

INTRODUCCIÓN

La época: España en la segunda mitad del siglo XIX	9
Revolución y Restauración	9
Literatura: La literatura realista	13
El Realismo	13
La novela realista	14
El Naturalismo	16
El autor y la obra	19
Benito Pérez Galdós	19
La creación literaria de Galdós	19
<i>Marianela</i>	22
Criterio de esta edición	24
Bibliografía selecta	25

MARIANELA

Cap. 1. Perdido	29
Cap. 2. Guiado	36
Cap. 3. Un diálogo que servirá de exposición	46
Cap. 4. La familia de piedra	55
Cap. 5. Trabajo. Paisaje. Figura	67
Cap. 6. Tonterías	76
Cap. 7. Más tonterías	83
Cap. 8. Prosiguen las tonterías	91
Cap. 9. Los Golfines	100

Cap. 10. Historia de dos hijos del pueblo	114
Cap. 11. El patriarca de Aldeacorba	119
Cap. 12. El doctor Celipín	128
Cap. 13. Entre dos cestas	134
Cap. 14. De cómo la Virgen María se apareció a Nela	139
Cap. 15. Los tres	148
Cap. 16. La promesa	155
Cap. 17. Fugitiva y medita-bunda	160
Cap. 18. La Nela se decide a partir	169
Cap. 19. Domesticación	176
Cap. 20. El nuevo mundo	189
Cap. 21. Los ojos matan	198
Cap. 22. ¡Adiós!	216

ORIENTACIONES PARA EL ESTUDIO DE LA OBRA

Propuesta de actividades	223
I. Control de lectura	224
II. Estudio de la obra	225
El marco histórico	225
Temas e ideología	225
Los personajes	228
La estructura	229
Lenguaje y estilo	233
III. Relaciones y recreaciones	234
Relación con otras obras y manifestaciones culturales	234
Actividades de investigación	236
Actividades de recreación literaria	236
Temas para un debate en el aula	238
Glosario de figuras literarias anotadas en <i>Marianela</i>	239

Marianela

Perdido

SE PUSO EL SOL. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba el de la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro, en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guinderos, hayas y robles. (Ya se ve que estamos en el Norte de España).

Era un hombre de mediana edad, de compleción recia, de buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígase de una vez, aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrero que debe a su fealdad el nombre de hongo; gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apalea a las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario, y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese bue-

Angosta: Estrecha.

Guindero: Guindo. Árbol, parecido al cerezo, del que nace la guinda.

Por doquiera: Por donde quiera (locución adverbial arcaica).

nos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

Pasadera:
Construcción
rústica para pasar
a pie una corriente
de agua.

«No puedo equivocarme —murmuró—. Me dijeron que atravesara el río por la pasadera... Así lo hice. Después, que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, detrás de mí queda esa apreciable villa, a quien yo llamaría *Villafangosa*¹ por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siempre adelante... (me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo no le pondría otra divisa) he de llegar a las famosas minas de Socartes».

Después de andar largo trecho, añadió:

Palurdo: Aldeano
rústico.

«Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu *adelante, siempre adelante*. Estos palurdos no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti, o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran establecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballos, trepidación de máquinas, y yo no veo, ni huelo, ni oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡Qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas... ¡Demonio!, ¿pero no hay gente en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah, bribona, tú tienes la culpa de mi extravío!... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¡Pero qué más da! —al decir esto hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros—. Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acobardarás ahora?... ¡Ah!, los aldeanos tenían razón: adelante, siempre adelante. La ley universal de la locomoción no puede fallar en este momento».

¹ La toponimia utilizada por Galdós es inventada; en algunos casos como este se aprecia una ironía evidente al elegir el nombre del lugar: *Villafangosa*; más adelante, sabremos que se llama Villamojada. Algunos rasgos a lo largo de la novela permiten situarla —como veremos— en la región de Cantabria.

Y puesta denodadamente en ejecución aquella osada ley, recorrió un kilómetro, siguiendo a capricho las veredas que le salían al paso y se cruzaban y quebraban en ángulos mil, cual si quisiesen engañarle y confundirle más.

Por grande que fuera su resolución e intrepidez, al fin tuvo que pararse. Las veredas, que al principio subían, luego empezaron a bajar, enlazándose; y al fin bajaron tanto, que nuestro viajero² hallose en un talud, por el cual solo había podido descender echándose a rodar.

Talud: Inclinación de un terreno.

«¡Bonita situación! —exclamó, sonriendo y buscando en su buen humor lenitivo a la enojosa contrariedad—. ¿En dónde estás, querido Golfín? Esto parece un abismo. ¿Ves algo allá abajo? Nada, absolutamente nada...; pero el césped ha desaparecido, el terreno está removido. Todo es aquí pedruscos y tierra sin vegetación, teñida por el óxido de hierro... Sin duda estoy en las minas...; pero ni alma viviente, ni chimeneas humeantes, ni ruido, ni un tren que murmure a lo lejos, ni siquiera un perro que ladre... ¿Qué haré? Hay por aquí una vereda que vuelve a subir. ¿Seguirela?³ ¿Desandaré lo andado?... ¡Retroceder! ¡Qué absurdo! O yo dejo de ser quien soy, o llegaré esta noche a las famosas minas de Socartes y abrazaré a mi querido hermano. Adelante, siempre adelante».

Lenitivo: Medio para suavizar el dolor.

Dio un paso, y hundiose en la frágil tierra move-diza.

«¿Esas tenemos, señor planeta?... ¿Conque quiere usted tragarme?... Si ese holgazán satélite quisiera alumbrar un poco, ya nos veríamos las caras usted y yo... Y a fe que por aquí abajo no hemos de ir a ningún paraí-

² El narrador realista actúa como un personaje más, transmitiendo de inmediato su actitud hacia los otros personajes, o acercándonos a ellos en este caso mediante el posesivo «nuestro viajero».

³ Obsérvese en la páginas siguientes el abundante uso de pronombres enclíticos (puestos al verbo) que aportan al texto un tono arcaizante y castizo: «seguirela» «hundiose», «creerfíase», «extinguiose» y otros.

so. Parece esto el cráter de un volcán apagado... Hay que andar suavemente por tan delicioso precipicio. ¿Qué es esto? ¡Ah!, una piedra; magnífico asiento para echar un cigarro esperando a que salga la luna».

El discreto Golfín se sentó tan tranquilamente, como podría haberlo hecho en el banco de un paseo; y ya se disponía a fumar, cuando sintió una voz... Sí, indudablemente era una voz humana que lejos sonaba, un quejido patético, mejor dicho, melancólico canto, formado de una sola frase, cuya última cadencia se prolongaba apianándose en la forma que los músicos llamaban *morendo*⁴, y que se apagaba al fin en el placido silencio de la noche, sin que el oído pudiera apreciar su vibración postrera.

«Vamos —dijo el viajero, lleno de gozo—, humanidad tenemos. Ese es el canto de una muchacha; sí, es voz de mujer, y voz preciosísima. Me gusta la música popular de este país... Ahora calla... Oigamos, que pronto ha de volver a empezar... Ya, ya suena otra vez. ¡Qué voz tan bella, qué melodía tan conmovedora! Creeríase que sale de las profundidades de la tierra y que el señor de Golfín, el hombre más serio y menos supersticioso del mundo, va a andar en tratos ahora con los silfos, ondinas, gnomos, hadas y toda la chusma emparentada con la loca de la casa...⁵ Pero si no me engaña el oído, la voz se aleja... La graciosa cantora se va... ¡Eh, muchacha, aguarda, detén el paso!».

La voz que durante breve rato había regalado con encantadora música el oído del hombre extraviado se iba perdiendo en la inmensidad tenebrosa, y a los gritos de Golfín el canto extinguiose por completo. Sin duda la misteriosa entidad gnómica que entretenía su soledad subterránea cantando tristes amores se había asustado de la brusca interrupción del hombre, hu-

Apianándose:
Amortiguándose.

Supersticioso: Que cree en cosas irracionales o mágicas.

Silfo: Ser fantástico de la mitología germánica que habitaba en el aire.

Ondina: En la mitología griega doncella que habita en las aguas.

Gnomos: En la mitología germánica eran los enanos que guardaban los tesoros subterráneos.

⁴ Término musical de origen italiano que se refiere a cuando el sonido va decreciendo de forma ordenada.

⁵ «... la loca de la casa» es la personal denominación que Galdós daba a la imaginación.

yendo a las más hondas entrañas de la tierra, donde moran, avaras de sus propios fulgores, las piedras preciosas.

«Esta es una situación divina —murmuró Golfín, considerando que no podía hacer mejor cosa que dar lumbre a su cigarro—. No hay mal que cien años dure. Aguardemos fumando. Me he lucido con querer venir solo y a pie a las minas de Socartes. Mi equipaje habrá llegado primero, lo que prueba de un modo irrefutable las ventajas del *adelante, siempre adelante*».

Moviose entonces ligero vientecillo, y Teodoro creyó sentir pasos lejanos en el fondo de aquel desconocido o supuesto abismo que ante sí tenía. Puso atención, y no tardó en adquirir la certeza de que alguien andaba por allí. Levantándose, gritó:

—Muchacha, hombre, o quienquiera que seas, ¿se puede ir por aquí a las minas de Socartes?

No había concluido, cuando oyose el violento ladrar de un perro, y después una voz de hombre, que dijo:

—¡Choto, Choto, ven aquí!

—¡Eh! —gritó el viajero—. ¡Buen amigo, muchacho de todos los demonios, o lo que quiera que seas, sujeta pronto ese perro, que yo soy hombre de paz!

—¡Choto, Choto!

Golfín vio que se le acercaba un perro negro y grande; mas el animal, después de gruñir junto a él, retrocedió llamado por su amo. En tal punto y momento el viajero pudo distinguir una figura, un hombre que, inmóvil y sin expresión, cual muñeco de piedra, estaba en pie a distancia como de diez varas más abajo de él, en una vereda transversal que aparecía irregularmente trazada por todo lo largo del talud. Este sendero y la humana figura, detenida en él, llamaron vivamente la atención de Golfín, que, dirigiendo gozosa mirada al cielo, exclamó:

—¡Gracias a Dios! Al fin salió esa loca. Ya podemos saber dónde estamos. No sospechaba yo que tan cerca de mí existiera esta senda. ¡Pero si es un camino!...

Vara: Medida de longitud (835,9 mm).

¡Hola, amiguito!, ¿puede usted decirme si estoy en las minas de Socartes?

—Sí, señor: estas son las minas de Socartes, aunque estamos un poco lejos del establecimiento.

La voz que esto decía era juvenil y agradable, y resonaba con las simpáticas inflexiones que indican una disposición a prestar servicios con buena voluntad y cortesía. Mucho gusto al doctor oírla, y más aún observar la dulce claridad que, difundiéndose por los espacios antes oscuros, hacía revivir cielo y tierra, cual si se los sacara de la nada.

—*Fiat lux*⁶ —dijo, descendiendo—. Me parece que acabo de salir del caos primitivo. Ya estamos en la realidad... Bien, amiguito: doy a usted las gracias por las noticias que me ha dado y las que aún ha de darme... Salí de Villamojada al ponerse el sol. Dijéronme que adelante, siempre adelante...

—¿Va usted al establecimiento? —preguntó el misterioso joven, permaneciendo inmóvil y rígido, sin mirar al doctor, que ya estaba cerca.

—Sí, señor; pero sin duda equivoqué el camino.

—Esta no es la entrada de las minas. La entrada es por la pasadera de Rabagones, donde está el camino y el ferrocarril en construcción. Por allá hubiera usted llegado en diez minutos al establecimiento. Por aquí tardaremos más, porque hay bastante distancia y muy mal camino. Estamos en la última zona de explotación, y hemos de atravesar algunas galerías y túneles, bajar escaleras, pasar trincheras, remontar taludes, descender el plano inclinado; en fin, recorrer todas las minas de Socartes desde un extremo, que es este, hasta el otro extremo, donde están los talleres, los hornos, las máquinas, el laboratorio y las oficinas.

—Pues a fe mía que ha sido floja mi equivocación —dijo Golfín, riendo.

⁶ Frase latina pronunciada por Dios al comienzo del *Génesis* (primer libro de la Biblia) durante la creación del mundo; significa «Hágase la luz».

—Yo le guiaré a usted con mucho gusto, porque conozco estos sitios perfectamente.

Golfín, hundiendo sus pies en la tierra, resbalando aquí y bailoteando más allá, tocó al fin el benéfico suelo de la vereda, y su primera acción fue examinar al bondadoso joven. Breve rato estuvo el doctor dominado por la sorpresa.

—Usted... —murmuró.

—Soy ciego, sí, señor —añadió el joven—; pero sin vista sé recorrer de un cabo a otro las minas de Socartes. El palo que uso me impide tropezar, y *Choto* me acompaña, cuando no lo hace la Nela, que es mi lazarillo. Conque sígame usted y déjese llevar.